

PRECISIONES CONCEPTUALES ACERCA DEL TRABAJO PSÍQUICO DE SIMBOLIZACIÓN

Sobre la construcción del marco teórico (parte II)

*Andrea Mirc, Roxana Gaudio, María Florencia Almagro,
Roxana Frison, Gastón Fazi, Maite Lardizábal, Mariana Moser,
María Laura Caporale, Rocío Arauco Morullo, Carolina Mangioni,
Camila Marlia, Josefina Riva y Juliana Ott*

Resumen

La propuesta de este artículo es presentar las discusiones teórico-clínicas elaboradas por el equipo de investigación formado por docentes y adscriptos de las cátedras de Psicología Evolutiva I y Psicología Clínica de Niños y Adolescentes de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata, integrantes del proyecto de investigación "El jugar como actividad sublimatoria. Procesos de simbolización en niños y adolescentes de la ciudad de La Plata: un estudio exploratorio", bajo la dirección y codirección de las profesoras Andrea Mirc y Roxana Gaudio. Dicho proyecto tuvo como propósito indagar la actividad de elaboración simbólica en la infancia y en la adolescencia, ligada al jugar y al mecanismo defensivo de la sublimación, en su relación con los modos culturales.

Se retoma en este escrito el recorrido teórico y epistémico respecto a la teorización y conceptualización que, directa o indirectamente, efectuase la psicoanalista Piera Aulagnier. Asimismo, psicólogos como Silvia Bleichmar y Jean Laplanche han considerado como fundamental el estudio sobre la simbolización en psicoanálisis, interpelados por la experiencia de la práctica clínica. En este sentido, estos autores han propuesto una revolución paradigmática al recuperar la vertiente exogenista presente en Sigmund Freud, ampliando sus alcances. El legado freudiano y posfreudiano es insoslayable a la hora de conceptualizar y revisar las nociones que atraviesan el proyecto de investigación en curso, ubicando los alcances, y también las limitaciones, que, en este caso, estos autores pueden ofrecer en torno a las nociones conceptuales que aquí se intentaron indagar.

Palabras clave: representación, simbolización, sublimación, jugar.

Juego, sublimación y simbolización. Piera Aulagnier: exégesis teórica

El presente apartado se vertebra en torno al recorrido teórico y epistémico respecto a la teorización y conceptualización que, directa o indirectamente, efectuase la psicoanalista Piera Aulagnier en torno a los ejes en los que se sustenta el proyecto de investigación en curso. De manera descriptiva, dividimos su obra en textos principales y tangenciales a través de una cronología que ordenará el recorrido que presentaremos. Partimos de la siguiente pregunta: ¿cuáles de sus principales aportes teórico-clínicos podrían contribuir a pensar el tema de investigación?

Para ello, intentaremos situar las contribuciones primordiales que, en su desarrollo teórico-clínico, plantea la autora respecto a las nociones de representación, simbolización y sublimación, en relación con las ideas y los núcleos centrales de su extensa obra, a partir de recorrer los textos fundamentales que conforman su producción.

En función de lo expuesto, tomaremos la concepción de exigencia de trabajo psíquico impuesta por lo corporal, trabajo que se visibiliza en la intensa actividad de metabolización a la que está condenada la psique desde su entrada a la escena vital, idea que atraviesa toda la teorización de la psicoanalista francesa, desde la publicación de *La violencia de la interpretación* en 1975 hasta sus últimos escritos.

En su texto nuclear, *La violencia de la interpretación*, Aulagnier desarrolla su producción a partir de la singularidad que asume su objeto de investigación, su objeto de intervención clínica. Así, demarca un lugar para la actividad de representación a partir de interrogarse en torno a la constitución de lo que dio en llamar una organización psicótica de pensamiento. Esta organización psicótica la conduce a investigar en torno a las posibilidades de constitución de la autonomía de pensamiento y, por ende, respecto del lugar que ocupa la producción delirante, dirigiéndose desde allí a la producción de un modelo teórico que le permita situar los primeros tiempos de la vida psíquica, la entrada en escena del yo, para así consecuentemente ubicar una vía de acceso, de intervención, ante las presentaciones del orden de las psicosis.

La autora delimita la actividad de representación, el lugar que el cuerpo ocupa, así como comienza a delinear el lugar del otro en la constitución de la psique a partir de introducir y conceptualizar la noción de encuentro. Así manifestará, dando cuenta en los primeros capítulos de *La violencia de la interpretación* de la intensa actividad de representación a la que la psique está sometida desde los inicios:

Lo que caracteriza al ser viviente es su situación de encuentro continuo con el medio físico-psíquico que lo rodea. Este encuentro será la fuente de tres producciones cuyos lugares de inscripción y los procesos que se producen

delimitan tres espacios-funciones: a) lo originario y la producción pictográfica, b) lo primario y la producción escénica (la fantasía), c) lo secundario y la representación ideica, es decir, la puesta en pensamiento como obra del yo.

Por actividad de representación entendemos el *equivalente* psíquico del trabajo de metabolización característico de la actividad orgánica. Este último puede definirse como la función mediante la cual se rechaza un elemento heterogéneo respecto de la estructura celular, o inversamente, se lo transforma en un material que se convierte en homogéneo a él. Esta definición puede aplicarse en su totalidad al trabajo que opera la psique, con la reserva de que, en este caso, el "elemento" absorbido y metabolizado no es un cuerpo físico sino un elemento de información ([1975] 1993: 23).

En *El aprendiz de historiador y el maestro brujo* ([1986] 1992) reanuda los desarrollos teóricos ya trabajados en *La violencia de la interpretación* dedicando un extenso análisis al caso Philippe y Odette y retomando, asimismo, como la autora expresara, la deuda con el discurso psicótico. Especial mención a la idea de trabajo psíquico se realiza en el Capítulo III de la Segunda Parte, llamado "El concepto de potencialidad y el efecto de encuentro". Allí nos dice que la acción del yo se manifiesta por su posibilidad de metabolizar la mayor parte de aquellas representaciones relacionales y por su trabajo de sublimación y/o su acción represora sobre las demás representaciones. Aquí aparece de forma más clara cierta idea de cómo entiende Aulagnier la sublimación, a partir de la clínica. Es así que cada vez que el objeto de la demanda del yo despierta la "memoria" de su cuerpo, cada vez que sensibiliza esas cicatrices que señalan sus diferentes duelos narcisistas y libidinales, se comprueba el mismo proceso en todo sujeto: una nueva distribución entre los hilos que teje el fantasma y los que teje el pensamiento. Este movimiento, si sobrepasa ciertos límites, se convierte en el "organizador" de cuadros que componen la psicopatología y que forman parte del abanico de las respuestas que el yo puede dar a los conflictos que emanan del encuentro con los otros y las demandas de los otros. Lo que conocemos como mecanismos de represión y de sublimación podría sugerirnos formas de compromisos más aptas para auxiliar al yo en su relación con el ello, pero no podemos pensar lo mismo para los encuentros que el yo no podrá conocer; así es como aparece el T2, como momento donde se instala la potencialidad que habrá de decidir las formas de respuesta de que dispondrá el yo enfrentado a un conflicto que puede surgir en diferentes puntos de su trayecto.

En el Capítulo VIII de *El sentido perdido* (1980: 145), a fin de analizar aquello que nombra como la paradoja inherente a la situación analítica, la autora enuncia la importancia de profundizar (hecho que excede los objetivos de su escrito) sobre la concepción de la actividad de pensamiento en la psicosis y, por otra parte, la relación entre placer y pensamiento en el registro de la sublimación.

En el artículo “El ‘deseo de saber’ en sus relaciones con la transgresión”, publicado en *Un intérprete en busca de sentido*, Aulagnier plantea: “Todo deseo de saber se revela, desde su origen, como la búsqueda de un saber sobre el deseo y, más precisamente, sobre el deseo del otro” ([1986] 1994: 161).

Por su parte, en *Los destinos del placer. Alienación, amor, pasión*, texto que comprende los seminarios que Piera Aulagnier dictó entre 1977 y 1978 en el Hospital Sainte Anne, la autora despliega su concepción de una de las nociones centrales de su propuesta teórico-clínica: el proceso identificatorio.

La pregunta que en estos seminarios abordaré desde diferentes ángulos puede formularse así: ¿qué sucede con esas fuerzas pulsionales “ciegas” una vez que el yo tenga que “hablarlas” y pueda hacerlo, transformándolas así en esas demandas que un yo dirige a otro yo tornándolas compatibles con esas “exigencias de la realidad” que, por lo menos parcialmente, debe considerar si quiere conservarse vivo?

¿Qué estatuto debemos conceder a esa pulsión que, como escribe Freud, no forma parte de los “factores elementales” de la vida psíquica, pulsión que solamente el yo puede actualizar y apropiarse de ella, y que llamamos “la pulsión epistemofílica”? (Aulagnier, ([1979] 1998): 16).

La autora plantea que con la entrada del yo en la escena psíquica irrumpen el eje de la temporalidad y la noción de diferencia. Asimismo, expresa que es tarea del yo ser capaz de pensar la temporalidad, de anticiparse, así como de invertir el futuro. Dice Piera Aulagnier, será tarea del Yo autoanticiparse en su presente, proyectándose hacia un futuro, tiempo este último en donde dicha proyección pone en juego la preexistencia de una representación que da cuenta de ese tiempo por venir. Es en este punto que la autora sostiene que vivir implica el investimento del tiempo futuro.

En el encuentro entre la psique del infans y el sistema de significación del que la voz materna se hace primer portavoz, se ejerce una violencia primaria tan absoluta como necesaria (...) este discurso y los hitos identificatorios que es el único en poder dispensar, son lo que el infans, en el momento en que adquiere los primeros rudimentos del lenguaje y pasa al estado de niño, deberá apropiarse: en un primer tiempo, una imagen del Yo y un saber sobre quién es Yo -que vienen de otra parte-, van a hacer irrupción en su espacio psíquico y a dar cuerpo, paradójicamente, a una instancia, el Yo, que tendrá el poder de desprenderse de los efectos de una violencia a la cual debe su propia existencia (Aulagnier, 1980:118). Espacio de autonomía que puede cercenarse a partir de la premisa que nada cambie.

(...) Que nada cambie: este anhelo basta para invertir radicalmente los efectos de algo que durante un momento fue lícito y necesario, y para transformarlo en la condición por excelencia necesaria, aunque no suficiente, para la creación del pensamiento delirante (del niño). Anhelo sostenido por un deseo cuya loca desmesura queda probada por lo que su realización implicaría: la exclusión del infans del orden de la temporalidad, la fijación de su ser y de su devenir en ese momento en el que del mundo sólo puede conocer e investir una imagen de la que el portavoz es donador, la imposibilidad de pensar una representación que no haya sido ya pensada y propuesta por la psique de otro (Aulagnier, 1980: 119).

En este punto pueden aislarse una serie de preguntas (Aulagnier: 1980):

- ¿Cómo logra el Yo del niño desprenderse de esa trampa que le dio nacimiento?
- ¿Cómo puede percibir su propio estado de sujeción y conseguir liberarse de él?
- ¿Cómo se puede pasar de un "Yo hablado" por el discurso del portavoz a un "Yo hablo" que puede enunciar un discurso que desmiente al del otro?
- ¿Cómo obligarlo a reconocer que ya no posee ninguna certeza sobre ese Yo al que en parte sigue invistiendo como su objeto privilegiado?
- ¿Cómo se opera esa renuncia al "saber todo" del Otro?
- ¿Qué cosa hace posible la reivindicación de un derecho de autonomía sobre el propio pensamiento?

A lo largo de este apartado hemos intentando situar, a partir del recorrido por la obra de Piera Aulagnier, cómo son pensadas y teorizadas las nociones de simbolización y sublimación, partiendo de la idea de trabajo psíquico impuesto por el medio externo y el cuerpo a la psique desde los primeros tiempos de la vida psíquica.

Si bien la noción de sublimación no es freudiana en sentido estricto, sino que es una noción importada del campo filosófico, fue Sigmund Freud desde su metapsicología quien le dio, y versionó para el psicoanálisis, un singular estatuto, en torno a los desarrollos del concepto de pulsión y sus destinos.

Así, el legado freudiano y posfreudiano es insoslayable a la hora de conceptualizar y revisar las nociones que atraviesan el proyecto de investigación en curso, identificando los alcances y también las limitaciones que, en este caso la metapsicología de Aulagnier, pueda ofrecer en torno a las nociones conceptuales que aquí se intentaron describir.

Trabajo de simbolización, neocreación, ligazón: una lectura en Silvia Bleichmar y Jean Laplanche

Silvia Bleichmar y Jean Laplanche son dos autores que, interpelados por la experiencia de la práctica clínica, por el encuentro con el esfuerzo del ser humano por hallar palabras para formular lo que no puede ser dicho -sea porque aún no se han estructurado los sistemas psíquicos como en el caso del niño, en patologías graves o porque el psiquismo está luchando contra el embate traumático de representaciones y cargas afectivas que exceden su capacidad de metabolización- han considerado como fundamental el estudio sobre la simbolización en psicoanálisis.

Motivados por la idea de la constricción que produce el símbolo en relación con los afectos, por el encorsetamiento sufriente que produce sentir que las representaciones, las palabras, no son suficientes para dar expresión a todo lo que el sujeto vivencia, han puesto a trabajar la metapsicología freudiana así como los desarrollos de autores posfreudianos, poniendo a prueba la coherencia interna de las afirmaciones conceptuales, y su corroboración con los fenómenos observables en el sujeto psíquico.

Sin embargo, en psicoanálisis son muy diversas las teorías acerca de la simbolización, y esto se corresponde con las distintas perspectivas respecto a los procesos de constitución del psiquismo precoz, una no homogeneidad conceptual respecto al origen del inconsciente y su materialidad de base, no solo presente entre las diferentes escuelas psicoanalíticas, sino en el interior de la obra freudiana misma.

En este sentido, estos autores han propuesto una revolución paradigmática al recuperar la vertiente exogenista presente en Freud, pero ampliando sus alcances al punto de plantear que lo pulsional -en tanto materialidad representacional- está profundamente enraizado en lo somático como lugar de excitación y transmutación económica, sin que esto implique que provenga necesariamente de lo biológico. Por el contrario, sostienen que la pulsión deriva de la sexualidad proveniente del otro humano, y se inscribe en un cuerpo real, no en sistemas simbólicos -los cuales luego resultarán necesarios aunque insuficientes en la lucha por capturar los retoños de esta sexualidad pre- y parasubjetiva-(Bleichmar, 1993, 2009; Laplanche, 1989, 1992).

Al poner en el centro la situación antropológica fundamental que supone la asimetría -sexual y simbólica- entre adulto y niño (Laplanche, 1989) otorgan al adulto una función instituyente, tanto de la simbolización como de lo pulsional, deviniendo contingente no solamente el objeto de la pulsión, sino la pulsión misma.

El psiquismo se constituye a partir de la acción sexualizante y narcisizante del adulto sobre el niño -premisa de partida para la estructuración de sus sistemas psíquicos-, quien ejerce una pulsación primaria que implanta exógenamente la sexualidad, a la par que propicia una

serie de ligazones que regulan las excitaciones, evitando la fijación a la satisfacción inmediata y la compulsión repetitiva (Bleichmar, 1993).

Estos autores son fieles al punto de partida, central en Sigmund Freud, relativo a la materialidad del psiquismo: representaciones y afectos. Lo esencial se relaciona con el destino del afecto, pero lo que hace de indicador de tránsito y que ha llevado al lacanismo a interesarse con prioridad en el significante es que el punto de impacto para modificar la economía afectiva son las representaciones, los fantasmas. La pulsión, motor del progreso psíquico, tiene que encontrar una forma de resolución intrapsíquica; la representación, un destino de transcripción, sustitutos; y el afecto, un destino de ligazón.

Ahora bien, como señala Silvia Bleichmar:

Es necesario, más allá de que se pueda sostener un exogenismo radical respecto del origen de las representaciones, de las condiciones de partida de la constitución subjetiva, marcar que entre lo que está en el exterior y lo que el sujeto encuentra hay un procesamiento que es absolutamente singular, interior (1999: 36).

El concepto de metábola que introduce Jean Laplanche (1987) implica que entre lo que el otro ofrece y lo que se recompone en el psiquismo hay un proceso de descualificación y de recualificación que toma los elementos ofrecidos por el otro articulándolos bajo un modo nuevo, una teorización, una fantasmaticización constante que forma parte de los síntomas y las teorías sexuales infantiles, y esto no se reduce al mensaje verbal, sino que abarca todo lenguaje que forme parte del intercambio (Bleichmar, 1999: 132).

La representación no sería, por tanto, solo el efecto de una huella mnémica, algo del orden exterior que se inscribe, sino también recomposición de lo real, una **neocreación**. En eso consiste la alucinación primitiva, pensamiento que no está destinado a resolver nada en el mundo exterior, que no tiene ningún tipo de acción eficaz en la reducción de tensiones biológicas, sino simplemente que tiende a un reequilibramiento de la economía psíquica. En este sentido, es un aparato "condenado a pensar", porque necesita procesar el embate de las representaciones desligadas y las excitaciones que producen tensiones no resolubles por otro medio. Lo real ingresa desligando las representaciones que constituyen las certezas en las cuales se instala el ser. Desde esta perspectiva, el pensar inhibe y al mismo tiempo permite una microdescarga.

El término "ligazón" es central en Freud y, al mismo tiempo, un concepto muy enigmático en la medida en que se le pueden dar interpretaciones variadas, admitiendo incluso la existencia de niveles de ligazón totalmente distintos, y hasta de tipos heterogéneos de ligazón. Bleichmar y Laplanche entienden por "ligazón" aquello que permite dar forma y domeñar la irrupción pulsional, simbolizar la cantidad. La ligazón es siempre una manera de tratar la pulsión, pero sus modalidades son varias: de la ligazón narcisista a la ligazón

simbólica, y tal vez en el centro mismo de la ligazón simbólica existirían, también allí, tipos diferentes de simbolización.

Bleichmar retoma los aportes de Laplanche (2001) y a partir de allí ordena esquemáticamente la teorización. Sostiene que de la sexualidad habría un polo que sale hacia la represión, conduciendo a la sublimación como un tiempo segundo; pero habría otro polo que tiene que ver con el traumatismo inelaborable, no ligable, que puede conducir a aquello relacionado con la creación artística o la pulsión epistemofílica. La ligazón a la representación-palabra no sería el único tipo de simbolización, aunque no hay ningún modo de simbolización más adecuado para permitir la producción de significación que la palabra. El hecho de que haya una representación capaz de ligar la energía ya es simbólico, las primerísimas inscripciones ya se plantean como embriones simbólicos de simbolización.

Los orígenes de la sexualidad infantil son, por tanto, la precondition del símbolo, los primeros elementos que acudirán a la búsqueda de una simbolización posterior. En una primera etapa, la madre introduce, a través de gestos concretos, el mundo de fantasmas y de lenguaje. Cuando la madre carga amorosamente al niño expresa un deseo de amarlo, de contenerlo, de sostenerlo. Hay un verbal que se expresa a través de una operatoria corporal, pero en el niño hay un preverbal que se caracteriza por la recepción de todos estos elementos en momentos en los que no puede establecer significaciones mayores con las cuales organizarlos. Recién en un segundo tiempo el niño podrá darle sentido a todo eso que ha recibido. En cada momento se irán estructurando significaciones parciales, que son las formas en que se relacionan la circulación de cargas en el inconsciente, entre un elemento representacional y otro, siempre por vías de facilitación (Bleichmar, 2010).

Por lo tanto, la simbolización va a ser el resultado de la confluencia entre la sexualidad materna, introducida como energía pura en el niño, y el orden de símbolos que la madre sostiene desde la cultura en la cual está inmersa. Es decir, la simbolización es algo absolutamente singular, individual del sujeto. En el psiquismo infantil confluyen las primeras expresiones energéticas sexualizantes y los símbolos que caen, algunos degradados -en el inconsciente-, a representaciones-cosa, y otros que devendrán representación-palabra. Esto es lo que abre la posibilidad de la creación y producción individual, progresiva a partir de las experiencias vividas. Este universo simbólico precede al sujeto y el niño se ve confrontado con la tarea de apropiarse de un código de signos con el cual ligar vivencias que, en sí mismas, están despojadas de significación. Entonces, está el orden simbólico de cultura que precede al sujeto y, al mismo tiempo, un simbolizador mayor que es el adulto. Es este quien va otorgando no solamente este código de la lengua, sino también las formas particulares con las cuales tiene que ser adquirido el código de la lengua.

En síntesis, la capacidad de un aparato psíquico de quedar abierto a los estímulos del exterior estará determinada por su capacidad metabólica, es decir, porque lo que ingresa

no lo ponga en riesgo. La capacidad del yo de recibir estímulos estará condicionada por lo que Freud llama "los modos habituales de defensa" y por la forma con la cual han podido ser codificadas experiencias previas; el yo tiene alta capacidad metabólica si se lo ha ayudado a procesar situaciones traumáticas precoces, no necesariamente si se le han evitado. El psiquismo indefenso del niño puede ser arrasado por los modos traumáticos que el adulto impone o puede ser construido a partir de las formas con las que el adulto va metabolizando sus propias acciones traumáticas. Estamos hablando de que los niveles de simbolización articulan formas en la membrana paraexcitación que permiten balizar la angustia señal, organizando y diferenciando los estímulos, y esto se construye en la relación con el semejante.

Por consiguiente, la capacidad ligadora del yo significa capacidad simbólico-metabólica. Esto supone un buen entramado narcisista de base, producto de las simbolizaciones provenientes del adulto y modos de significación que permitieron que el yo tenga mayor capacidad de enfrentarse a situaciones traumáticas. Aludimos a modos de procesamiento, a la simbolización, como retranscripciones que no solo no son endógenas sino que son el efecto de acciones provenientes del exterior, de activamientos, de enriquecimientos, efecto de pasajes de nuevas experiencias por nuevos modos de simbolización. El sistema de la lengua aportado por el otro humano ofrece el conjunto de códigos y la posibilidad de lo codificable, de significar o no, transcribir o no, elementos que han quedado inscriptos. Todo esto determina que las representaciones con las que cuenta cada sujeto no son todas del mismo orden, no tienen todas el mismo carácter. Ingresan de modos distintos al psiquismo, en momentos de potencialidades simbólicas diferentes, investidas de maneras diversas generando que operen ligadas, desligadas, con capacidad productiva y fantasmática, capaces de propiciar el enriquecimiento psíquico o de llevar a su empobrecimiento (Bleichmar, 1993).

Referencias bibliográficas

- Aulagnier, P. ([1979] 1998). *Los destinos del placer*. Buenos Aires: Paidós.
- Aulagnier, P. ([1986] 1994) *Un intérprete en busca del sentido*. México: Siglo XXI.
- Aulagnier, P. ([1975] 1993). *La violencia de la Interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Aulagnier, P. ([1986] 1992) *El aprendiz de historiador y el maestro brujo*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Aulagnier, P. (1980) *El sentido perdido*. Buenos Aires: Trieb.
- Bleichmar, S. (2010). *Psicoanálisis extramuros. Puesta a prueba frente a lo traumático*. Buenos Aires: Entreideas.
- Bleichmar, S. (2009). *Inteligencia y simbolización. Una perspectiva psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Bleichmar, S. (1999). *Clínica psicoanalítica y neogénesis*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Bleichmar, S. (1993) *La fundación de lo inconciente*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Laplanche, J. (2001). "Sublimación y/o inspiración". En *Entre seducción e inspiración: el hombre* (pp. 243 - 270). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Laplanche, J. (1992). *Vida y muerte en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Laplanche, J. (1989). *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu Editores
- Laplanche, J. (1987). *El inconsciente y el ello. Problemáticas IV*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.